

Tres Fines de Siglo

Por Enrique Semo
04/03/15

Este es un ensayo de historia comparada y de prognosis. Se comparan los tres periodos de *modernización pasiva* buscando similitudes y diferencias. Para luego intentar algunas prognosis sobre el futuro inmediato de México. Sabemos que la historia no se repite. Pero creemos que cada sociedad tiene sus regularidades. Es decir, que el primer impulso de los hombres ante una crisis es fuertemente influido por el pasado, que vive aún en la visión del presente. El eterno retorno de Nietzsche.

Desde el principio afirmamos que encontramos entre las Reformas Borbónicas, el Porfiriato y el Periodo Neoliberal, las siguientes coincidencias:

1. En el mundo se produce una gigantesca revolución técnica con sus consecuencias sociales y políticas. Durante las últimas décadas de la Colonia, la Revolución Industrial y sus secuelas; a finales del siglo XIX la segunda Revolución Industrial y sus resultados y a finales de siglo XX y principios del XXI el paso de la humanidad de la civilización industrial a la civilización de la informática.
2. En la Nueva España y luego en México, país atrasado, se intentan aplicar desde arriba reformas que le permitan integrarse a ese proceso, superar el atraso.
3. Los efectos de esas reformas son muy desiguales. A la vez que benefician algunos sectores de la población perjudican brutalmente a otros. Queriendo imponer los aspectos de la modernidad que convienen a las clases dominantes impiden el desarrollo de las que benefician a los sectores populares. Para lograr sus propósitos los gobernantes recurren a la represión abierta o embozada.

4. Los intentos terminan en las tres ocasiones en grandes crisis económicas de origen exterior, que rápidamente se transforman en crisis multisectoriales internas.
5. Hay una crisis política, en la cual los grupos dominantes ya no son capaces de ejercer su dominio. Están divididos o enfrentados.

Las reformas borbónicas

Desde fines del siglo XVIII la sociedad en Europa Occidental entró tempestuosamente en la era de la modernidad. El capitalismo industrial no puede existir sin revolucionar constantemente la tecnología, los sistemas de trabajo, la ideología y la cultura. Como decía E.J. Hobsbawm¹, la misma revolución que se llamó industrial en Inglaterra, fue política en Francia y filosófica en Alemania. Este fenómeno afectó no sólo a las metrópolis, sino también a sus colonias, sólo que la modernidad que surgió fue diferente en las primeras que en las segundas.

En México la modernidad llegó impulsada por los cambios que se sucedieron con la Revolución Industrial (1770-1840), la revolución de independencia en las colonias anglosajonas (1770-1776), la Revolución Francesa (1789-1799) y más tarde, con la crisis de la Corona española que se mantuvo a lo largo de los años 1808 a 1823. La Ilustración y el liberalismo se propagaron por todo el mundo. Las ideas opuestas al Antiguo Régimen se filtraron por mil caminos en el México de las primeras décadas del siglo XIX. La censura de la Iglesia no resultó tan efectiva. Muchas bibliotecas de notables contaban con obras de los ilustrados españoles y franceses.

Aun cuando no se desarrolló una cultura de la Ilustración digna del nombre en la Nueva España, sí venía marcándose la diferencia entre escolasticismo y liberalismo,

¹ Hobsbawm, Eric (2001) p.32

entre tradicionalismo y modernidad. En los dos periodos de modernización, una generación de mexicanos descontenta con su realidad presente asumió un proyecto para el futuro que prometía mucho más de lo que las condiciones objetivas permitían realizar. Generalmente, esta utopía no es sino la imagen más o menos deformada de las circunstancias existentes en los países más desarrollados. Las clases subalternas desarrollaron utopías más vagas, pero no menos ambiciosas. Durante el siglo XVIII se han registrado 200 rebeliones indígenas y de negros, muchas de ellas inspiradas en un milenarismo antiespañol o en exigencias de mayores libertades y mejores condiciones para sus comunidades. Se trata, por lo tanto, de un siglo en que los conflictos sociales, comunitarios y culturales, se suceden con una frecuencia mayor que en los siglos anteriores de la Colonia.

El Imperio español, que se atrasaba cada vez más respecto a las otras potencias europeas, hizo un extemporáneo y efímero esfuerzo de modernización, que se conoce con el nombre de Reformas Borbónicas. Por primera vez en la historia de lo que sería más tarde México, entra en escena la *modernización desde arriba*. El desarrollo de la Colonia no era el objetivo, sino un medio para acrecentar la prosperidad y el poderío de la metrópoli, pero tuvo efectos colaterales no previstos: impulsar el desarrollo de las relaciones capitalistas y hacer más opresivas las relaciones de dominio, dentro de la sociedad novohispana y entre la metrópoli y su Colonia.²

Carlos III de España impulsó un conjunto de reformas en las colonias. Se introdujeron las intendencias que dividían a la Nueva España en doce regiones. Los intendentes eran directamente responsables ante la Corona. Se redujeron los privilegios con que contaba la Iglesia, la corporación feudal más poderosa de la

² Knight, Alan (2001).

Colonia. Se prohibió la intervención de las órdenes en la redacción de testamentos, se expulsó a los jesuitas, orden especialmente beligerante, y al final, se enajenaron buena parte de los bienes eclesiásticos.

En lo que respecta a las finanzas públicas, se creó el monopolio del tabaco y se fundó una red de fábricas de puros y cigarros, que se transformaron en una importante fuente de ingresos para la Corona. Para impedir la expansión del comercio y los servicios ingleses y franceses dentro del Imperio, se reformó el régimen de comercio. Se abrieron nuevos puertos americanos al comercio con España para reducir el poder de los comerciantes de Cádiz y el Consulado de la ciudad de México.

Se crearon nuevos Consulados en Guadalajara y Veracruz y se abrió el comercio intercolonial entre la Nueva España y los virreinos de Nueva Granada y Perú, además se permitió y alentó la construcción de barcos en América. En resumen, en 30 años se rompieron las bases del monopolio que durante dos siglos había estrangulado al comercio, liberalizando a éste estrictamente dentro de los marcos del Imperio. Se tomaron medidas para estimular la minería. Al mismo tiempo, se prohibieron actividades que competían con las exportaciones españolas, tales como los obrajes, las fábricas de loza y de cueros. Se estimuló la producción de materias primas agrícolas y se prohibió el cultivo de la viña, la aceituna y la seda.

Las Reformas Borbónicas despertaron la oposición. Se registró una caída de los salarios reales, hubo crecientes dificultades de acceso a los alimentos básicos, impuestos mayores y exacciones de emergencia que redundaban en transferencias muy elevadas hacia la metrópoli. Los problemas de tierra en las comunidades se volvieron agudos, principalmente en las zonas que conocían los efectos del crecimiento

demográfico o expansión de las haciendas y sobre todo muchos criollos se vieron desplazados del servicio público, sobre todo a nivel medio-alto.

Como dice Enrique Cárdenas, a raíz de las Reformas Borbónicas, la recaudación fiscal aumentó más que la producción. De un promedio anual de 6.5 millones de pesos en 1700-1769, pasó a 17.7 millones en 1790-1799 y a 15.8 millones de pesos en 1800-1810.³ Esto representa un aumento de la carga fiscal, llevándola a los límites de la tolerancia social. Es importante destacar que algunos de estos impuestos eran cubiertos principalmente por las clases populares como el del consumo del pulque y el tributo impuesto a las comunidades indígenas. Como los impuestos no eran suficientes para cubrir los crecientes déficits de la metrópoli, se recurrió a los préstamos y donativos de la Iglesia, de mineros y comerciantes, incluso a las Cajas de las repúblicas de indios. Se calcula que en los últimos 20 años de poder español, la Nueva España remitió a la metrópoli alrededor de 250, o como calculan otros historiadores, 280 millones de pesos, lo que equivale a más del ingreso nacional en un año.⁴

- 1) De acuerdo a los índices económicos es indudable que el periodo al que nos referimos, se caracteriza por un auge prácticamente en todos los renglones.

A) La población de la Nueva España entre 1742 y 1810 creció de 3.4 millones a 6.2 millones de habitantes en 1810, es decir que si tomamos desde principios del siglo la población casi se dobló.

3 Ibídem p.36

4 Ibdid p.78

- B) El crecimiento fue muy desigual, pero se notó un claro cambio del Centro del país hacia el Bajío. La densidad en este creció de 28.8 h.p.km² a 32% en Guanajuato. Mientras, disminuía de 15.5 a 13.0 h.p.km² en Puebla y de 7.0 a 5.0 h.p.km² en Michoacán y permanecía casi estático en el resto del País.
- C) Los Criollos estaban fundamentalmente presentes en las ciudades. En cambio en las zonas rurales su presencia era mucho más limitada. Sobre todo en los estados del sur y sureste, los Peninsulares en el año de 1792 solo eran de 11.000 a 14.000. El de los Criollos 16%. Las Castas 20% y el resto, más del 60%, eran indoamericanos.
- 2) La producción minera creció 6 veces de 4 millones de pesos en 1724 a 27 millones en 1802, también imponente fue el crecimiento del comercio exterior, los barcos mercantiles registrados en Veracruz en 1790, eran 60, 31 de España y 29 de América. En 1807 los barcos registrados eran 221, 29 de España y 191 de América. En 1810 se registraron 238 barcos, 102 de España y 136 de América. Se notan dos tendencias, crecimiento general y aumento de la proporción de barcos de América.
- 3) A pesar de las prohibiciones de la Metrópoli a los hilados y tejidos basados en la seda, el algodón y la lana, crecieron sustancialmente. Parte de ellos surgieron en el Bajío y la región de Guadalajara, sobretodo en la coyuntura entre 1790 y 1800, se libraron las guerras entre las Potencias europeas y España, porque el bloqueo ingles freno la importación y porque freno también la salida de capital acumulado por los agricultores. También la

curtiduría de pieles, la fabricación de jabón y de la artesanía aumentaron considerablemente.

La modernización porfiriana

El periodo de modernización en el Porfiriato (1880-1910), obedeció también a impulsos externos poderosos. La segunda Revolución Industrial estaba en plena marcha. En el mundo, las constantes mejorías en todos los aspectos de la vida material eran tan evidentes en los países desarrollados en Europa Occidental y Estados Unidos que el futuro se revelaba como un progreso sin fin. La maquinaria moderna predominantemente impulsada por el vapor sustituyó todas las otras formas de producir, al mismo tiempo aparecieron nuevas fuentes de energía: la electricidad y el motor de gasolina. Hacia 1890, el número de lámparas eléctricas y la producción de petróleo comenzaron a aumentar rápidamente. Alrededor de cien mil locomotoras, arrastrando sus tres millones de vagones, cruzaban el mundo industrial. Los telégrafos y más tarde, los teléfonos se generalizaron. Junto a todo esto se multiplicaron los descubrimientos como el cinematógrafo, los automóviles y los radios, cuya producción aún no se había masificado. Los países más desarrollados entraron en una fiebre colonialista y los imperios ingleses, franceses y alemanes crecieron velozmente. En las metrópolis una acumulación vertiginosa de capital obligó a invertir en las colonias y los países dependientes. Pero el auge desembocó en una gran crisis en 1907, una mortífera guerra mundial y una cadena de revoluciones sociales que dieron la vuelta al mundo: México, Persia, China, Rusia, Hungría, Turquía y hasta Alemania.

A finales del siglo XIX, el Estado mexicano y la oligarquía de los grandes terratenientes y empresarios, se habían consolidado. Tenían aparentemente las

posiciones de mando. Pero Díaz se alió muy pronto con los capitalistas europeos y estadounidenses ofreciéndoles condiciones inmejorables para atraer capitales que lo ayudarían a modernizar el país y pacificarlo. Un río de capitales extranjeros, a los cuales se les dieron toda clase de alicientes y privilegios, fluyó en el país. Para 1910 se habían ya invertido 2,700 millones de dólares, el 70% de las inversiones en el país. Se construyó una red ferroviaria que integró el mercado interno y estrechó los lazos de México con el mundo externo, principalmente Estados Unidos. Renació la minería de la plata. La producción del cobre y el petróleo se convirtieron por primera vez en exportaciones importantes. Lo mismo sucedió con el café, el henequén y el ganado, que fluía hacia Estados Unidos. La producción para el mercado interno creció en el rubro de los textiles y se inició en los del papel, hierro y acero. Los migrantes del centro del país se establecieron en los pueblos mineros, en las haciendas y en las ciudades en crecimiento del Norte. Miles de mexicanos iban a trabajar al país vecino. Todo eso jugó un papel económico similar al que había entre la Colonia y la metrópoli en el siglo XVIII en lo que respecta la orientación del crecimiento. Los índices de la economía muestran crecimientos importantes⁵. El desarrollo del país se configuró de acuerdo a intereses externos. Esto era sobre todo evidente en la agricultura. Lo perverso del importante desarrollo de fines del siglo XIX, es que poco benefició a las clases trabajadoras del campo y la ciudad y aumentó considerablemente los desequilibrios y las fricciones sociales. Una vez más, las reformas introducidas durante el Porfiriato fueron en el sentido más puro, una *modernización desde arriba*. El pequeño grupo de empresarios y políticos que tenían el control del país no buscó en ningún momento, un pacto social que distribuyera los beneficios aportados por el cambio a todos los

5 H. Haber, Stephen, (1992) p.27-42

sectores de la población. Tampoco se esforzaron en frenar la lógica y la secuencia de los cambios que eran determinados por el capital extranjero cuyas prioridades son naturalmente fijadas por sus propios intereses y no los del país receptor.⁶

Como en todo el mundo, el liberalismo en México se batió en retirada. Para los ideólogos del Porfiriato la libertad consistía solamente en actuar de acuerdo con las leyes económicas. La Unión Liberal formada en 1892 por los *científicos* consideró que había llegado el momento de conceder mayores libertades, pero no electorales y de representación, sino las libertades del comercio, las económicas y de enriquecimiento. Al final de cuentas, “orden político y libertad económica” fue el lema de una versión conservadora del liberalismo. Para librar a la clase obrera de la opresión del capital —decían los Científicos en su órgano *Revista Positiva*— no hay que recurrir a un mejor reparto de la riqueza, sino a un mejor empleo de los capitales. Los ricos deben aprender cuáles son sus deberes, elevar su nivel moral. Siendo social en su origen, la riqueza ha de ser empleada con “digna independencia”, al servicio de la familia, de la patria y de la humanidad.⁷

Bajo el Porfiriato, el periodo de modernización fue más corto pero más intenso. Apareció una incipiente clase obrera, pero la prohibición general de huelgas y de asociación así como las condiciones extremadamente adversas de trabajo, produjeron al final de cuentas las primeras grandes huelgas duramente reprimidas. En la clase media también se multiplicaron las tensiones pese a su crecimiento. Debido a la industrialización disminuyó el número de artesanos independientes y la red ferroviaria redujo la importancia de los arrieros. Comenzó a surgir una intelectualidad crítica o

6 Ceceña, José Luis (1970) p.49-71

7 Alba, Víctor (1960) p.85

incluso disidente. A finales del Porfiriato éste fue un sector de la población que acabó transformándose en una oposición al régimen. En los sectores de la clase más alta, el predominio del capital extranjero en todas las ramas dinámicas, fuera de la agricultura, dificultaba el desarrollo de una burguesía mexicana independiente y fuerte. El nacionalismo comenzó a expresarse como resistencia al excesivo dominio del capital extranjero. Pero fue la modernización de la agricultura la que produjo las mayores tensiones. Debido al bajo costo de la mano de obra y la ausencia de crédito barato, muchas haciendas no pudieron introducir la maquinaria agrícola de la época. La creciente concentración de la propiedad de la tierra, afectó negativamente a los pueblos libres y pequeños propietarios. Muchos de ellos tuvieron que abandonar sus tierras. Los peones de las haciendas vieron sus condiciones humanas degradarse. Las compañías deslindadoras vinieron a agravar los procesos de expropiación después de las Leyes de Colonización de 1883 y 1894.

Para la época del Porfiriato citaremos los efectos de la crisis de 1907 que se inició en Estados Unidos y tuvo efectos graves para México. Como en la realidad no fue sino una de las crisis que se produjeron entre 1907 y 1910, nos puede dar una idea de la acumulación de zozobras que caracterizó este periodo. En Estados Unidos, el primer síntoma de crisis fue un “pánico bancario”, como se decía en aquella época. Una burbuja de especulación, ligada con el cobre, se transmitió a los grandes bancos y los *trusts*, que eran en aquel tiempo la novedad. La crisis financiera se comunicó rápidamente al resto de la economía.

Los efectos del pánico financiero en el país vecino comenzaron a sentirse en México, causando una recesión en los años de 1907 y 1908. En su informe ante el Congreso del 1 de abril de 1908, el presidente Díaz afirmaba:

Como efecto de la grave crisis financiera que tan hondamente agitó a los Estado

Unidos, millares de braceros mexicanos que lentamente se habían ido aglomerando al Norte de la línea fronteriza, especialmente en California y Arizona, se vieron repentinamente privados de sus medios de subsistencia [...] La baja de los precios de la plata y del cobre en el mercado motivó la suspensión de trabajo en varias de nuestras minas de estos metales.

En síntesis: caída de los precios del cobre, la plata, el henequén y otros productos de exportación; reducción de la oferta de trabajo para mexicanos en la construcción de ferrocarriles y la industria norteamericana; el déficit presupuestal a nivel Federal y estados de la República; el cierre de minas importantes; la crisis en las fincas henequeneras y en el sistema de bancos de crédito y emisión recién creados.

También se produce una crisis política en los grupos dominantes y en el Estado, las pugnas entre los *científicos* y círculos afines por un lado y otros sectores de la clase dominante (los Madero y los de Reyes, por ejemplo) menos favorecidos, se agudizan y el Estado se ve cuestionado por la oposición en el último intento de relección de Porfirio Díaz ⁸y su renuncia ante las primeras muestras de fuerza de la oposición revolucionaria armada.

En México, las dos revoluciones fueron precedidas por un periodo en que los círculos dominantes, embriagados por los éxitos de la modernización desde arriba, dejan de cumplir con el principio establecido en su tiempo por José María Luis Mora: cada gobierno debe “representar a toda la sociedad, a la vez que se defienden los intereses de una parte de ella”. En un país eminentemente rural, los campesinos

⁸ Knight Alan (1986) v.1 p.75.

sienten amenazadas sus comunidades, no sólo por la expropiación de tierras, sino por el ataque a su tejido social, cosa que sucedió antes de la Revolución de Independencia y de la Revolución Mexicana.

Periodo Neoliberal.

Hablemos ahora del mundo y del México actual. Primero del periodo 1982-2014 para compararlo con los dos periodos anteriores y construir algunas hipótesis sobre el futuro inmediato. Como en el pasado, México sigue siendo un país dependiente en el cual los grandes impulsos del cambio no parten de su realidad interna, sino que se encuentran subordinados a movimientos cuyo epicentro son los Estados Unidos en primer lugar y los países desarrollados así como algunos países como China, Brasil, Rusia, Corea del Sur que cada uno a su manera se están transformando en potencias.

El mundo está viviendo cambios epocales. Por una parte la consolidación, enteramente dentro del escenario capitalista, de una nueva revolución tecnológica que ha abierto el paso de la civilización industrial a la civilización informática, robótica los avances en la biología y la física. A eso hay que agregar la hegemonía, hasta ahora indisputada del capital financiero, la globalización, etcétera.

Ha cambiado la relación entre las empresas transnacionales y los Estados nacionales. Las redes en las firmas y sus relaciones externas han hecho posible un considerable aumento del poder del capital *vis-a-vis*, el trabajo con el descenso concomitante de la influencia de los sindicatos y otras organizaciones obreras. Se ha incorporado masivamente a las mujeres en la fuerza laboral, en condiciones discriminatorias. Han surgido nuevos centros de desarrollo capitalista como los

BRICS. Simultáneamente, actividades criminales y mafias que se han transformado en redes globales, proveyendo los medios para el tráfico de drogas, junto con cualquier forma de comercio ilegal demandado por nuestras sociedades, desde armas sofisticadas, hasta carne humana.

Como en las dos ocasiones anteriores, el periodo de auge termina en el mundo con una crisis aguda desde los años 2008-2009 cuyo desarrollo futuro nadie puede prever.⁹ No se han superado los riesgos de la especulación. Lo único que se ha hecho es obligar a los Estados —que supuestamente no debían intervenir en la economía— a asumir sus pérdidas. No importa qué digan los políticos sobre la necesidad de frenar el déficit, deudas de la magnitud de las que se han incurrido no pueden ser pagadas. Mientras —como declaró recientemente Juan Somavia, Director General de la Organización Internacional de Trabajo— el desempleo ha llegado a un nivel histórico de 200 millones de personas en el mundo y la economía en esta nueva desaceleración sólo está generando la mitad de puestos de trabajo demandados por la dinámica demográfica. Es claro que estamos ante una depresión comparable sólo con la de 1929-1939.

Sin embargo, existe una diferencia fundamental con los efectos de las crisis anteriores. No existen revoluciones comparables al siglo XVIII que fue bautizado como la era de las revoluciones, ni las del principio del siglo XX que dieron la vuelta al mundo y cambiaron radicalmente su faz por un siglo. Actualmente, en algunos países como los del Cercano Oriente, Grecia, Chile y los Estados Unidos ha habido protestas importantes a las cuales hay que agregar la de los Indignados. Pero es indudable que el capital financiero internacional, objeto de un proceso violento de

⁹ <http://www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=28718>.

concentración y centralización, es la fuerza hegemónica que es una relación de poder más sutil y completa que el dominio. Ya no hay bloques en pugna, sino un dominio total del capitalismo que ha logrado monopolizar la revolución técnico-científica y crear una civilización de desigualdad y marginación de millones de gente. Las luchas en México no pueden ignorar ni marginarse de esa situación.

En México, a partir de 1982 el modelo de sustitución de importaciones fue remplazado por una apertura comercial y financiera, total y extraordinariamente corrupta. Se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y se abrieron las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera. Hubo un proceso de desindustrialización y expansión de la maquila. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía informal adquirió un carácter estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente crónico alucinante de trabajadores: el 50% de la fuerza de trabajo está en la economía informal. Como en los dos casos anteriores, las Reformas Borbónicas y el Porfiriato, ha habido una concentración aguda del ingreso y una reducción del nivel de vida en muchos sectores populares. El único éxito importante ha sido hasta ahora convertir a México en un importante exportador de productos industriales que se ha confundido con la incorporación al proceso de globalización. Estos pasaron de representar el 28% de las exportaciones en 1994, al 52% en el año de 2004. El éxito de México como exportador de manufacturas se refleja en términos de valor corriente. En 1980 éstas eran de 1,868 millones de dólares y en 1990, de 11,567 millones de dólares. Sin embargo, hay que decir que las maquiladoras que explican este aumento son principalmente extranjeras, sobre todo norteamericanas y su integración con la

industria nacional es muy baja. Al mismo tiempo, ha aparecido una nueva clase media ocupada en los servicios, muy modesta pero sostenida artificialmente por el crédito al consumo.¹⁰

Desde 1982 la economía y la sociedad han conocido cambios profundos a partir de un golpe de Estado pacífico orquestado por una tecnocracia formada en Estados Unidos. Pero en los últimos años los tecnócratas han perdido piso. Hay un regreso de los políticos de la Nueva Generación. Estos cambios se pueden resumir en las siguientes manifestaciones: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado. 2) Prioridad absoluta en el equilibrio macroeconómico. 3) Desregulación del sector financiero. 4) Liberalización del comercio exterior. 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa. 6) Privatización casi completa del sector público. 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías. 8) Sistema político multipartidista. 9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal. 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando paulatinamente las ventajas adquiridas por los trabajadores. 11) Sustitución de la educación pública por la educación privada. 12) Restitución paulatina de la intervención de la Iglesia en la política. 13) Se sigue el dismantelamiento de los ejidos y las comunidades sobre todo los de recursos turísticos, ecológicos, pesqueros y semiurbanos. 14) Se mantienen rigurosamente las políticas de subordinación a Estados Unidos. Pero obviamente estas medidas no están produciendo los efectos esperados. 15) Podemos terminar esta enumeración con una lista de las reformas adoptadas bajo el gobierno de Enrique Peña Nieto entre las

¹⁰ Ávila, José Luis, (2006) p.136-168.

cuales se destacan: Reforma Emergencia; Reforma en materia de Telecomunicaciones; Reforma en Competencia Económica; Reforma Financiera; Reforma Hacendaria; Reforma Laboral; Reforma Educativa; Código Nacional de Procedimientos Penales; Ley de Amparo; Reforma Política-Electoral; y Reforma en materia de Transparencia.

Veamos el parecido con los sucesos de los otros dos fines de siglo, las Reformas Borbónicas y el Porfiriato. En todos ellos se produjeron profundos cambios económicos en los centros capitalistas del mundo. En las tres ocasiones éstos fueron introducidos a México por intereses extranjeros y en condiciones de una *modernización desde arriba*. Hoy como ayer, el progreso social y económico ha sido extremadamente desigual y ha terminado en una crisis muy profunda.

Pero también hay diferencias muy importantes. En México, la reforma electoral ha abierto algunos canales a la expresión popular. En los noventa el país comenzó a marchar en la legislación y en las prácticas por el camino de la democratización electoral. El sistema tripartita que ha surgido ha creado esperanzas. No es casualidad que en dos ocasiones de irrupción popular en la política, ésta se realizó a través de las elecciones. La tesis de la “transición democrática” se hizo cada vez más popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso. Ahora sabemos que esta era una ilusión. Existe una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos” y una nueva clase media construida a base de crédito que, si bien dividida, es mayoritariamente favorable a la situación actual.

Sin embargo, tres fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006 y 2012; el

distanciamiento de la clase política de los grandes problemas nacionales; los constantes conflictos poselectorales locales; el crecimiento del crimen organizado y de la corrupción masiva, ponen en riesgo la democracia incipiente recién conquistada. Podemos decir que las viejas formas de cambio tienen una reciedumbre mayor que el cambio negociado. La salida pactada como alternativa democrática al momento confrontacional, es posible, pero muy difícil. A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico. Hay parecidos peligrosos de esa política con los tiempos de la Nueva España cuando un reformador borbónico como el Marqués de Croix, se expresaba después de un violento movimiento de protesta en el Bajío que fue reprimido con el paradigma “el pueblo debe aprender a callar y obedecer” y semejanzas con las políticas porfirianas que en algún momento se expresaron en el famoso telegrama “mátalos en caliente”.

Un repaso de los diferentes movimientos sociales que actualmente resisten al proyecto de nación encabezado, en un principio, por la colusión de partidos del Pacto por México y, después, de manera casi solitaria por Enrique Peña Nieto y el Partido Revolucionario Institucional, podría mostrar los puntos de derrame que hoy definen la crisis del sistema político creado en 1977. Nótese que ninguno de estos movimientos en sí ha provocado esta crisis. Se trata de afanes e impulsos ligados a demandas particulares, casi siempre aislados entre sí.

En rigor, la crisis política ha sido, hasta hoy, resultado de la congestión del propio sistema. Por un lado, desde los años 80 del siglo pasado, se abrió el espacio a una seudocompetencia electoral; del otro, se mantuvo intacto el principio de anulación de la división de poderes (en particular del Poder Judicial) –

eso que llamamos: impunidad. El saldo de esta extraña suma (o resta) es la actual implosión.

1) En primer lugar: el magisterio. La reforma educativa, cuyo cometido era aumentar el control sobre los maestros, acabó politizando a todo el gremio. Ya no se trata solamente de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, sino de secciones enteras del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación en todo el país. No hay que olvidar que, en muchas poblaciones, el maestro sigue representando un centro de acción civil, organiza demandas sociales, participa en iniciativas comunitarias, etcétera. El crimen de Ayotzinapa, tan sólo para evocar un caso, está ligado a un ajuste de cuentas con la disidencia normalista.

2) Si se sobreponen los mapas del crimen organizado y los de las regiones donde, en las últimas dos décadas, arribaron compañías de minería, extracción y producción de energéticos, proliferación de transgénicos y tala de bosques, las coincidencias son simplemente escalofrantes. Las empresas dedicadas a extraer recursos naturales se multiplicaron por cientos a partir de 2007. Transgrediendo relaciones políticas y sociales que garantizaban la vida comunitaria, han devastado zonas ecológicas enteras. En muchas áreas de Tamaulipas, Tabasco y Morelos, su llegada estuvo acompañada de políticas de despoblamiento a cargo del crimen organizado. En Sonora, Guerrero, Chiapas, Oaxaca y Veracruz hay comunidades que se encuentran al pie de una revuelta. Si a esto se suma el desarrollo de la infraestructura para transportar y comercializar los recursos, que crea súbitos centros de poder y economía, el resultado es explosivo.

En principio, esta infraestructura representa hoy uno de los principales centros del poder real. No es casual que muchas de las movilizaciones que se oponen a los flujos que transitan por ellas, se realicen en puentes, carreteras, puertos y aeropuertos.

3) Paz y justicia: las comunidades del duelo. La exigencia de presentar a los desaparecidos por el estado intermitente de excepción ha introducido una poderosa variante a los cuestionamientos al actual orden político: la demanda moral.

4) La generación de las redes. En 2012, con el movimiento #YoSoy132, aparece un nuevo sujeto social y político. Se trata de jóvenes y estudiantes, pero que pertenecen a un mundo entrecruzado por la comunicación y la interacción digital. Lo que aguarda a la mayoría de ellos, frente a los procesos de reestructuración, es el desempleo, el subempleo o el infraempleo (trabajos muy por debajo de sus niveles de calificación). Es una franja de la experiencia social completamente nueva, que desborda los controles del Estado y de los medios tradicionales de representación.

5) Las fronteras. Las iniciativas de protección y defensa de los migrantes que llegan y se van del país proliferan en ambas fronteras, el norte y el sur. En la actualidad, las comunidades de mexicanos en Estados Unidos representan un centro de apoyo y solidaridad con sus familias y poblaciones en México. Un nuevo espacio de beligerancia fuera del control del Estado y los poderes locales.

Y, finalmente, los contrapoderes. En Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Michoacán decenas de municipios desarrollaron en años recientes formas de poder que actualizan a las antiguas relaciones comunales de una manera inusitada. Todas

han cerrado el paso al sistema electoral, propiciando sus propias formas de representación.